

SE
TODOS LOS JUEVES

DIRECTOR-FUNDADOR
Eloy Herillan Buxá

NÚMEROS ATRATADOS
a doble precio.

NÚMERO SUELTO
15 céntimos.

30 CÉNTIMOS
NÚMERO DOBLE

SUSCRIPCIONES

En Madrid. — No se admiten por menos de 6 meses. 20 rs. —
6 un año, 36 rs.

DIRECCION

Calle del Príncipe, 12,
3.º de la derecha.



ORGANA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

LOS MONITOS DE HOY

Venida de los reyes magos al establo de Belén.—Personajes, de derecha a izquierda: Camacho, que se despide desquartizando al borrego del País; Cánovas (la Virgen); Sagasta, Montero, Moret (el del incienso); Martos, el *honesto*; Lopez Dominguez y Echegaray: al foro algunos progresistas disfrazados de camellos.

MEGACHIS



Este golpe me ha despanpanado!
¿Quién podría esperar que cuando todo era júbilo y alegría en casa de mis amigos los fusionistas, la lúgubre imagen de la muerte levantaba su exterminadora guadaña para descargar el sablazo final sobre la cabeza del ministerio?

¡Ah!... ¡Cuán fugaces son las glorias de este mundo!
Hace pocos días los vi por mis propios ojos, relumbrantes, con sus casacas llenas de bordados de oro.
Allí estaban, graves, con la respetabilidad de un solipedeo que por respeto no nombro, mi querido Alonso el de Burgos; rozagante, arrebolado y redondo casi como una albondiguilla, el modesto Venancio, asombro de Lillo; el venerable regenerador de la Hacienda y protector de los contribuyentes, Camacho el rico; el bondadoso cuanto prudente Pavia, que navegaba por tierra casi también como otros por mar; el ministro más flamenco que ha pisado las calles de Triana, Pepe Luíz... todos derramando satisfacciones, que era un gozo el verlos.

Y hoy... apenas son unos polvos cesantes sin más consuelo que las economías que hayan hecho en dos años y los treinta mil reales de cesantía que les señalará la gratitud de la nación.

Alonso descuelga su toga apolillada de la percha en que la colgó; Venancio aparea su borriquillo para volverse al campestre retiro; Pavia busca con la vista una carreta que lo conduzca a lejanos continentes; y Albareda descuelga su escopeta de caza, mientras que Camacho, cruzado de brazos, contempla desde lejos los montes que no le dejan talar.

Pero Señor, ¿por qué vino la crisis?

Por una frustración, por una nimiedad... todo porque el gran Camacho quería dejar a España lisa como la palma de la mano, desbrozándola de montes y carrascales.

Pero, señor, ¿no había dejado ya limpios de polvo y paja los bolsillos de los contribuyentes? ¿No había metido en cintura a todos los comerciantes y sindicatos de España y sus alrededores? ¿A qué incomodarse porque trataba de talar los montes del Estado?

—A buen seguro que los carboneros se lo habrían agradecido.

Pero Albareda es el diablo. Cazador por instinto y por vocación, tiene todo su gusto en andar por entre los matorrales en busca de venados y jabalíes en quienes probar su infalible puntería.

Y apenas oyó que Camacho quería talar los montes, y por consiguiente exterminar la caza, montó en ira, echoso la escopeta a la cara y descarró sus ocho tiros sobre los ocho ministros.

Y cádate al ministerio en tierra y a la fusión mal herida. ¡Si no se puede dejar un arma de fuego en manos de un calavera!

De los nueve fantoches que formaban el gabinete, no ha quedado en pie, y eso por un milagro, más que mi amigo Mateo, con su rostro cetino y su sonrisa de Melisfoles.

Hay gentes tan maliciosas que dan por averiguado que éste fue quien por lo bajo aconsejó a Pepe Luíz que diera gusto al dedo.

Camacho fue la primera pieza que cayó; algunos plomos perdidos alcanzaron a Rico, el antiguo monaguillo de la catedral de Avila.

¡Qué mortandad! ¡qué desastre!... El bueno de D. Emilio se ha desmayado al ver correr la sangre.

¿Ustedes han visto disparar un tiro cerca de un palomar? Pues báganse cuenta de que han visto el efecto del estallido de la crisis en los ocelos palomares públicos donde se anidan los empleados.

¡Qué confusión! ¡Qué aturdimiento! ¡qué revolotear derribando a un lado y a otro legajos y expedientes!

La siniestra imagen de la cesantía ha sobrecogido a todos, cuando más tranquilos se regodeaban alrededor de las chimeneas, murmurando de los jefes.

Todo se vuelve imprecaciones y blasfemias.

—Pero ¿qué demonios le importaba a ese Albareda del infierno, que Camacho vendiera los montes y aunque fuera las montañas y cordilleras y hasta las faldas y las enaguas de los Pirineos? ¿No quedaba todavía el Monte de Piedad? Mientras no vendiera las estufas y los braseros de las oficinas, todos podíamos vivir a gusto.

Estas y otras reflexiones se oyen en los corros de los afligidos covachuelistas, mientras rasgan la hoja de un expediente para encender junto a la chimenea un cigarrillo de papel.

Y mientras tantos infelices deploran la mala suerte que los trajo a servir al Estado en tiempos de ministros tan pendenciosos, una horda innumerable de pretendientes se dispone a caer sobre los ministerios, hambrientos de credenciales.

Quedará cesante la mitad de los españoles para que se emplee la otra mitad, y las lágrimas de los unos serán la alegría de los otros.

Al pasar el lunes por la calle de Alcalá, casi me alarmé y entré en pánico.

Por el espacioso portal de una casa grande con fachada de piedra, entraban y salían atropellándose y estrujándose multitud de hombres que se agolpaban a la acera.

—¿Qué es eso? pregunté a un guardia de orden público que pañaba casualmente: ¡hay fuego en aquella casa!

—¿Cá! No señor; es el palacio de la Presidencia del Consejo.

—Pues ¿y toda esa gente que entra y sale con tanto apresuramiento?

—Son los señores que quieren ser ministros: han sabido que el Sr. Sagasta formará esta tarde el ministerio, y vienen a pedir que les cumpla las promesas que les hizo.

¡Cielos! pensé para mí; ¿será posible que mi buen Mateo haya prometido carteras a tanta gente? Si me parece que han debido entrar lo menos doscientos en los cinco minutos que llevo aquí.

Aquel día no habría querido convertirme en Sagasta, aunque me hubieran ofrecido el gran cordon de Medjidí, que dicen que es una condecoración muy distinguida.

Como que se me figura que se la he visto a mi carbonero en un día de gala.

¡Qué angustias y sobresaltos debe pasar un hombre que tiene que repartir ocho carteras y tiene empeñada su palabra a ochenta pretendientes!

Por fin, quisieron Dios y Sagasta que la crisis se resolviera.

¡Qué desengaño para los que se figuraban que la libertad podría ganar algo en ese cambio de figurillas políticas! El nuevo ministerio, como ustedes habrán visto, es el vivo reflejo del difunto, cuyas glorias hereda.

En él se cae el general *carancho*, ¡pues no faltaba más! y el diplomático marqués de la Pipinitaña.

Es decir, que la raíz centralista no ha sido posible arrancarla.

Si algo ha ganado el pobre país, ha sido que se marche Camacho y su conjunto secretario Rico.

Pero las contribuciones ahí quedan como él las puso, y todas las socialinas de la sal y las cédulas personales, y los sellos móviles, y los recaudadores que quieren cobrar dos o tres veces el mismo trimestre.

Alí queda todo eso en manos de D. Justo (Pelayo Cuesta), de cuyo nombre me escamo.

No he conocido mujer más alegre, que una novia que tuve que se llamaba Angustias, ni otra tan desenfrenada como su hermana que se llamaba Modesta.

Por eso no confío mucho en la justicia de D. Justo, que será capaz de ajustarnos las cuentas muy estrechas.

El único ministro que me inspira lástima porque me duele verlo tan mal empleado, es mi amigo Nuñez de Arce, poeta digno de mejor suerte.

Temo que sea víctima del vértigo ministerial.

A Gullon, a Gamazo, a Romero Giron y a Rodríguez Arias no los compadezco. Merecerían ser ministros con Sagasta, cuando Dios les ha impuesto ese castigo.

En resumen: que pueden ustedes hacerse cuenta de que no ha cambiado nada. Son los mismos perros casi casi, con los mismos collares o con la misma divisa.

La divisa de la Fusión.

No valía la pena de haber alterado la quietud de la nación, para salir con esa embajada.

Seguiré siendo ministerial como hasta aquí. Es la única venganza que me está permitida.

HOLOFERNES

EL PARTO DE LOS MONTES

Por una cuestión de leña que Camacho provocó, armó Albareda el gran cisco a la maldita Fusión; y hubo palos, digo, crisis, y el Gabinete quedó convertido en chimenea con tufo de mal olor. Cada cual de los ministros arrimaba a su tizon la sardina, o la cartera, a que tienen tanto amor, sobresaliendo en su empuje por buscar conciliación, el marqués de *Venga-mi-hijo*, diplomático de pró, que hizo varios memoriales por no perder su turrón. Cayó el burgalés ilustre, Licurgo de tornavoz, ex-cómico de la legua, y Pilades de Marrón. Cayó Venancio el *vilense*, ayuda de lo Interior, que al aspirar de la crisis el aire, se constipó... Cayó el flamante *canario* Fernandito de León, nuevo niño de la bola, por cosas que me sé yo; y el alférrante Pavia (multiplicado por dos) en esta mar de los montes con aquellos naufragó. El Bismark de la Rioja, como siempre, socarrón, presentó las dimisiones al joven regulador, guardándose, por supuesto, de escribir su dimisión. El rey, al ver por los aires volando a su alrededor esta bandada de pavos, en revuelta confusión, debió decir: «Pues que caigan!» y a los blancos apuntó. Y como no se le escapa pieza de caza mayor, *¡pum, pum, pum!* alicortados de un plumazo les dejó. En resumen: que ya existe, con esta combinación, un Gabinete que tiene más trazas de comedor. Malos eran los que había, pero tengo la aprensión de que van a hacerlos buenos los que están ahora en flor. Entre tanto, ¿qué ha ganado con esto el pueblo español? Que haya algunos caballeros que al cabo de un mes o dos, tengan mil quinientos duros de pasiva dotación.

LA BROMA



Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

Ayuntamiento de Madrid

Los magos del 83

BRERR!



A Navarro y Rodrigo que llevaba gastadas cuarenta i-

CORRESPONDENCIA

Ayuntamiento de Madrid